

## **Mujeres, conocimiento y poder**

### *Women Cross-Culturally: Change and Challenge<sup>1</sup>*

**Autor(es):** Constance Sutton, Susan Makiesky, Daisy Dwyer y Laura Klein<sup>2</sup>

**Resumen:** El texto explora el papel de las mujeres en territorios en los que existen sociedades que difieren de la cultura occidental (Marruecos, Tlingit y Barbados). Se analiza cómo la ubicación social de los sexos afecta sus autodefiniciones, su relación con su contexto, y su acceso al conocimiento cultural. Además, se examina cómo estas ubicaciones sociales afectan la forma en que los roles sexuales se simbolizan en la ideología cultural.

**Abstract:** *The text explores the role of women in territories where there are societies that differ from Western culture (Morocco, Tlingit and Barbados). It analyzes how the social location of the sexes affects their self-definitions, their relationship with their context, and their access to cultural knowledge. Additionally, it examines how these social locations affect how sexual roles are symbolized in cultural ideology.*

**Palabras clave:** género, conocimiento, poder, cultura no occidental

**Keywords:** *gender, knowledge, power, non-occidental culture*

*Publicamos este artículo seminal en homenaje a la antropóloga norteamericana Constance Rita Sutton (1926-2018), gran amiga y colaboradora de la Cátedra de Oralidad Carolina Poncet del Instituto de investigación cultural Juan Marinello, donde impartió un curso de antropología feminista en enero del año 2004.*

*El artículo, publicado en versión original inglesa en 1975, es inédito en español. Fue digitalizado y traducido especialmente para esta edición de Perfiles. Ha sido seleccionado por su interés metodológico y por la vigencia actual de sus resultados para la historia de los estudios feministas en general.*

*Se publica con el acuerdo de sus herederos.<sup>3</sup>*

## **Constance Rita Sutton**

Minneapolis, 29 enero 1926-New York, 23 agosto 2018<sup>4</sup>

Una de las primeras antropólogas feministas y pionera en los estudios sobre migraciones caribeñas. En su trabajo vinculó activamente la acción política y la creación de conocimiento, y buscó profundizar el desarrollo de una ciencia social que contribuyera a la igualdad y la justicia social.

Nacida en una familia judía rusa, estudió en Chicago, donde fue discípula de Robert Redfield. Después de su matrimonio se trasladó a Nueva York. Allí fue ayudante y discípula de Margaret Mead, y profesora en Columbia, donde culminó su doctorado. Hizo notables aportes a los estudios caribeños contemporáneos gracias a su indagación acerca de las conexiones transnacionales que demostraron, conjuntamente con su alumna Susan Makiesky, que la migración era un fenómeno bidireccional, creador de nuevas realidades culturales.

En el campo de la antropología feminista, de conjunto con un grupo de sus colaboradoras más cercanas, exploró las estrategias y formas de acción que las mujeres de diferentes culturas han desarrollado para

llegar al reconocimiento social y al poder político. El artículo que presenta hoy nuestra revista forma parte del conjunto de estudios fundacionales que Constance R. Sutton desarrolló en este campo.

El origen de nuestra opresión, como las raíces de toda dominación, se pierden en el pasado, carecemos por completo del recuerdo de cualquier alternativa...Somos el trasfondo de la historia... el negativo al positivo de ellos... oprimidos por un abrumador sentido de no estar allí... Esta incapacidad de encontrarnos en la cultura existente según nos experimentamos aparece, por supuesto, en otros grupos además de las mujeres. La clase obrera, los negros, las minorías nacionales dentro del capitalismo se encuentran todos como ecos... Sin embargo, el problema de las mujeres está especialmente interiorizado. Se trata en parte de un problema histórico. No tenemos momento o lugar al que retrotraernos.

Shela Rowbotham

## **Preámbulo de las autoras**

Ofrecemos este recuerdo de la relación de las mujeres con el conocimiento y el poder en tres sociedades distintas con la esperanza de hacer más visible los papeles variados que las mujeres desempeñan. Existe una conexión estrecha y compleja entre el acceso al grupo y el control del conocimiento y su poder y su autoridad, su capacidad de adoptar y aplicar decisiones. Aquí exploramos cómo opera esta conexión en sociedades en que los papeles y las situaciones de las mujeres difieren de los tradicionales en la cultura occidental. En

especial examinamos cómo la ubicación social de los sexos afecta sus definiciones de sí mismas, la forma en que contemplan su sociedad y su acceso al conocimiento cultural que se utiliza para adoptar decisiones, guiar acciones y prever opciones y alternativas. Además, examinamos brevemente cómo estas ubicaciones sociales afectan la forma en que los roles sexuales se simbolizan en la ideología cultural.

Intentamos aquí sólo una incursión exploratoria en estos tres complejos temas, tomando en nuestro propio trabajo de campo, que se desarrolló en tres grupos culturales distintos: marroquíes, indios *tingit* y barbadenses negros. Cada una de nosotras realizó su trabajo en el terreno sobre temas que no son los que figuran en esta ponencia; por ende, no poseemos el tipo de datos que tienen que ver directamente con los temas que ahora presentamos. Estos temas no surgieron de preocupaciones teóricas que nos guiaran mientras realizábamos nuestros estudios en el terreno, sino de temas a que nos llevaron los movimientos femeninos contemporáneos surgidos en los Estados Unidos y otras partes. Incluyen la relación problemática de las mujeres con el poder, la naturaleza de la conciencia femenina y cómo ha variado en otros momentos y lugares, la situación de la mujer en sistemas simbólicos, los modelos de realidad que producen las mujeres y la comparación de estos con los producidos por los hombres. ¿Son el dominio político masculino y la hegemonía cultural masculina característicos de todas las sociedades humanas? ¿Es cierto, como dicen en estos momentos muchos escritores, que los hombres han sido quienes han definido la realidad social, han sido los codificadores de los términos, categorías e imágenes culturales por medio de los cuales las personas –mujeres y hombres- interpretan su propia situación? ¿No sólo habitan las mujeres mundos «hechos por hombres» sino que operan con ideas, imágenes, valores y creencias «hechos por hombres»?<sup>5</sup> Como mujeres, y como antropólogas, estas preguntas nos

han llegado a preocupar personalmente y a interesarnos desde un punto de vista teórico.

## **Mujeres, conocimiento y poder**

Un tema que subyace en todas estas cuestiones es la autoría social de las ideas y las circunstancias que dan a un grupo el poder de determinar el pensamiento de otro. Este es el tema de una sociología del conocimiento. Una visión de la dialéctica entre el conocimiento y el poder supone que el conocimiento es una forma de poder y el poder es un medio de crear y controlar el conocimiento. Aquí lo reformulamos como un asunto de relación entre los papeles sociales de las mujeres y su acceso al conocimiento cultural. No intentamos un análisis etnosemántico, cognitivo o simbólico del contenido y la estructura del conocimiento cultural. Más bien nos preocupa la distribución del conocimiento entre mujeres y hombres y cómo las relaciones de dominio y subordinación, o autonomía y dependencia afectan la adquisición de conocimiento y las formas de conciencia que se desarrollan. Quienes dominan importantes esferas institucionales están claramente en posición de hacer que sus ideas sean de trascendencia para los demás. Esto es lo que hace verosímiles y auténticas sus versiones de la realidad y les permite imponerse como ideología dominante. Pero también producen versiones de la realidad... complementarias o contrastantes. Estas formas de conciencia colectiva son también de interés para nosotros.<sup>6</sup>

Pero hemos escogido centrarnos en el conocimiento y el poder por otras razones. Primero entre ellas está el hecho de que los centros occidentales de poder han sido históricamente esferas masculinas. Como resultado de ello, el conocimiento y el poder se han llegado a contemplar como atributos intrínsecamente masculinos. Es evidente que esta larga historia de excluir a las mujeres de las ciudadelas del conocimiento y de posiciones prominentes en las instituciones

religiosas y políticas en Occidente ha perpetuado su posición subordinada, sostenido una ideología de superioridad masculina e inferioridad femenina y nutrido el supuesto de raíces culturales profundas de que la hegemonía cultural y el dominio político masculinos son universales.

Hoy, aunque las mujeres han obtenido entrada en estas instituciones, permanece la idea de que los hombres son inherentemente más conedores y poderosos como sesgo «suficientemente profundo en la médula de la sociedad como para inspirar el olvido» de su fuente, mientras continúa influyendo en el comportamiento (Stimpson 1973:304). Así, por ejemplo, un siglo después de que Lord Byron bromeara diciendo que Madame de Staël «piensa como un hombre, pero, lamentablemente, siente como mujer», Jean Paul Sartre puede decir que «lo maravilloso de Simone de Beauvoir es que tiene la inteligencia de un hombre... y la sensibilidad de una mujer» (Moorehead 1974:26). El pensamiento objetivo, racional y lógico se codifica culturalmente como masculino, y para describir ideas que deben tomarse en serio se emplean términos tales como «contundente» y «musculoso», ideas de hombres.

El mensaje latente de estos códigos culturales es, pues, que cuando una mujer busca activamente el conocimiento y se permite el pensamiento serio, está actuando como un hombre y, al menos en algún nivel, negando su propia identidad. Esta se ha codificado como emocional, sensual y nutriente... rasgos que se colocan en oposición al pensamiento y la acción.<sup>7</sup>

Esta identidad interiorizada expresa una relación estructural social externa entre conocimiento y autoridad, simbolizada en el mito original judeo cristiano. En él Dios le da a Adán el poder de dar nombre a las criaturas de la tierra y el primer acto de Adán es producir las definiciones por las cuales se conocen las cosas. En cambio, el primer

acto de Eva es buscar conocimiento, un intento de compartir la sabiduría divina comiendo el fruto del árbol del conocimiento. Esto le abrirá los ojos y la hará «como Dios, conocedora del bien y del mal» (Génesis 3:5). Sin embargo, el Génesis subraya el peligro a la mujer que procura el conocimiento que posee el macho sagrado. Como castigo, es sentenciada a experimentar dolor en el parto y a someterse a la autoridad que Dios delega en su esposo.

Volviendo a los tres grupos que estudiamos, encontramos diferencias interesantes en las estructuras de dominio y dependencia y en las formas de conocimiento y conciencia de grupo. En Marruecos encontramos una situación de marcada separación social de los sexos en casi todas las esferas de actividad, una separación que se asocia a una ideología de inferioridad femenina y a la dependencia económica y política extrema de la mujer respecto al hombre. En agudo contraste, entre los indios tlingit, encontramos una ausencia de diferencias marcadas en los roles de hombre y mujer; ambos sustentan importantes posiciones en la adopción de decisiones en su comunidad. Al igual que los anteriores, en el proletariado rural negro de Barbados hay bastante igualdad entre los sexos. Mujeres y hombres mantienen posiciones de situación comparable en la economía y la comunidad local. Pero como legado del pasado de plantación esclava de Barbados, la comunidad posee poca autonomía y el grupo en su conjunto – hombres y mujeres- tiene poco control sobre recursos económicos y políticos. Describiremos ahora brevemente estas sociedades y concluiremos con algunas comparaciones.

## **Marruecos**

La ciudad de Tarudant es un centro regional del sur de Marruecos, una de las regiones más tradicionales del país. Dentro de las murallas históricas de la ciudad, viven 20 000 personas relativamente al margen de Occidente. Las artesanías tradicionales, la agricultura familiar y el

comercio en pequeña escala continúan siendo las ocupaciones principales y siguen prevaleciendo los patrones tradicionales, tales como los matrimonios concertados y las asociaciones de hermandad místicas. Cuarenta años de supervisión limitada de la zona por Francia, seguidos por diecisiete años de independencia nacional marroquí, han traído poco cambio.

La ciudad de Tarudant sigue siendo un mundo con divisiones tradicionales (Dwyer, 1973), sobre todo entre dos esferas, la pública y la doméstica, que se superponen sólo en forma mínima. La esfera pública es la predominantemente masculina de la política, la religión oficial y los negocios; la esfera doméstica es en gran medida el mundo de la mujer, limitado en gran parte por las murallas de la casa y los límites del vecindario o la calle.

La división entre lo público y lo doméstico, los mundos masculino y femenino, tiende a aislar a las mujeres dentro de ciertos límites y a excluirlas de muchas de las actividades que se desarrollan fuera de ellos. A las mujeres de Tarudant se les prohíbe entrar en la zona principal de adoración de las mezquitas, por ejemplo. Aunque dentro de la ciudad existe un pequeño número de lugares de adoración para ancianas que han pasado la edad de la seducción, se incita a todas las mujeres a rezar en sus casas. Del mismo modo, la mujer que infrinja el coto masculino del café puede dañar su honor y el de su familia. Incluso en los tribunales de Tarudant los hombres esperan el examen de sus casos jurídicos dentro del tribunal mientras que a las mujeres se les aísla en los jardines externos.

Un resultado de este aislamiento es que las mujeres pasan gran cantidad de tiempo en compañía unas de otras, visitando a parientes y amigas del barrio. Se congregan, reúnen para recibir consejos y a veces trabajan juntas. Cuando viajan a lugares más alejados, muchas



veces siguen en compañía de mujeres y así permanecen aisladas en un mundo similarmente femenino.

Los límites del mundo más público de los hombres y el mundo más privado de las mujeres se mantienen mediante una ideología religiosa oficial, así como por medio de conceptos culturales oficiosos sobre las cualidades inherentes relacionadas con el sexo. El Corán afirma que «Los hombres están por encima de las mujeres porque Dios ha favorecido a los unos respecto a las otras» (Vernet 1983: Azora 4, verso 38). La voluntad divina es así desarrollada por los hombres y se excluye a las mujeres de muchas actividades religiosas. De hecho, no solo se considera a las mujeres menos capaces desde el punto de vista religioso, sino que también se piensa que ponen en peligro la calidad de la adoración masculina al distraer a los hombres con su sexualidad y contaminarlos con su menstruación.

La actitud religiosa encuentra expresión en un sistema jurídico que, por ejemplo, evalúa oficialmente el testimonio de una mujer ante los tribunales con la mitad del valor del de un hombre. En la práctica, el testimonio de la mujer apenas se considera seriamente y con la mayor frecuencia ni siquiera se solicita.

En relación con estos conceptos codificados existe un conjunto de conceptos menos oficialmente expresos que contrasta la racionalidad y la perspicacia del hombre con la irresponsabilidad e irracionalidad inherente a las mujeres. Las mujeres comparten esta visión de sí mismas, pero en la privacidad de su aislamiento también consideran a los hombres ignorantes e irresponsables. Esta visión, sin embargo, sigue siendo sumergida y tiene poco efecto sobre la forma en que los hombres se evalúan ellos mismos.

También es importante en la restricción de las mujeres las concepciones culturales sobre la mayor pasión sexual de la mujer y su poco autocontrol. Estos sirven para justificar la reclusión de la mujer,

pues se cree que, si ellas se movieran en forma irrestricta, sucumbirían a sus apasionadas naturalezas sexuales. Por ende, de no estar segregadas y asiladas, las mujeres amenazarían el honor de sus parientes y el suyo propio.

Claramente, la segregación y la reclusión limitan el acceso directo de la mujer al conocimiento sobre la vida económica, política y religiosa oficial. Y en una sociedad como la de Marruecos, donde las personas aprenden sobre todo observando a las demás, se limita la capacidad de la mujer para aprender hechos y técnicas. El conocimiento de mayor importancia para el funcionamiento de la sociedad marroquí es el conocimiento de las personas y en ello también tienen las mujeres enormes limitaciones. Suelen depender de los hombres para que sean ellos quienes establezcan sus contactos sociales importantes en la esfera pública.

En la mayoría de los casos, la existencia femenina en Taroudannt se caracteriza por su dependencia de los hombres. A diferencia de ellos, la mujer no debe vivir sola, salvo que ya haya sido casada y no tenga hogar con parientes. Cuando un padre, un hijo o un hermano vive en la región, sus parientes mujeres deben idealmente vivir con ellos y aquellos proporcionarles apoyo. Su contribución económica en esta situación tradicional se limita principalmente al de amas de casa, tal vez con un pequeño ingreso adicional surgido de tareas centradas voluntariamente en el hogar, como la costura, el tejido y las curaciones. Aunque el dinero ganado de este modo pertenece legalmente a la mujer, el cabeza de familia es quien lo asigna o confisca. Solo cuando no hay apoyo masculino, o cuando este apoyo resulta insuficiente, se considera plenamente aceptable el empleo a tiempo completo en la esfera pública. Como resultado de estas actitudes las mujeres casadas de familias acomodadas casi nunca realizan trabajo a tiempo completo.

Aunque en Tarudant las diferencias de clase no son rígidas y tienden a nivelarse más entre las mujeres, las diferencias en el prestigio de las familias son claras. Las mujeres derivan su condición de los hombres de la familia y la condición de los hombres depende de características tales como el dinero, el poder político y la religiosidad. De inicio, la condición de la mujer está determinada por su padre; después de su matrimonio, por su esposo. Sólo en casos de discrepancia severa en cuanto a la condición social, la condición de la mujer afecta la del hombre.

La segregación, el aislamiento y la dependencia sirven para separar a la mujer del mundo público, pero dentro de su propia esfera subordinada, las mujeres poseen notable autonomía. En la creencia que el hogar es el lugar de la mujer y que las actividades domésticas son predominantemente preocupación suya, los hombres prefieren pasar su tiempo en ubicaciones dominadas por hombres. Las mujeres promueven el éxodo diario del hombre ridiculizando a quienes centran sus actividades en el hogar. Así, en virtud de presiones masculinas y femeninas, ellas permanecen en la casa solas, sin hombres, durante periodos sustanciales de tiempo y son ellas quienes adoptan un gran número de decisiones sobre las finanzas familiares y el futuro de los hijos.

Conocer a muchas mujeres y, por ende, transmitir información a través de una red femenina es un activo importante para las marroquíes. En especial, las mujeres comparten quejas e insatisfacciones sobre cosas tales como las relaciones familiares, las restricciones a sus movimientos y la insuficiencia de apoyo, y este énfasis sobre problemas comunes es una base de la solidaridad femenina. Compartir información personal, sin embargo, está lastrada por un aspecto negativo: la comunicación de quejas. Esta tendencia se ve forzada por concepciones como la del mal de ojo, que indica que hablar sobre

logros, éxitos y deseos es arriesgarse al desastre por engendrar envidia.

La red femenina, así como el conocimiento que pasa por ella, se usa para burlar la autoridad masculina. Las mujeres pueden servir de transmisores de bienes robados del almacén familiar; y usarse como fuentes ficticias de «regalos» que llegan a la casa. Las jóvenes usan una compleja red de coetáneas para investigar sobre posibles novios, enviar cartas y concertar citas sin conocimiento de sus padres. A los hombres les preocupa tanto que sus esposas e hijas utilicen estas tácticas y lazos que, para mantenerlas incorruptas, les prohíben el contacto con hombres y mujeres de afuera.

Aunque las niñas reciben alguna instrucción formal esta tiende a limitarse al período preadolescente. En esta etapa, es permisible la educación pública, pues se considera que las niñas no están aún poseídas de impulsos sexuales que se entienden inherentemente peligrosos. Pero si van a la escuela, es a escuelas de niñas. En el nivel secundario, en cambio, chicos y chicas asisten a la misma escuela en aulas separadas. En esta etapa los temores de los padres sobre el mayor contacto en las escuelas se combinan con su preocupación por la inminente pubescencia de las hijas y a la mayoría se les insta a que abandone los estudios. Seguir asistiendo a la escuela entra en conflicto con el código de conducta que subraya el recato y la reserva. También se les desestimula porque comparten la idea prevaleciente de que son más ignorantes y menos conscientes y, por tanto, intelectualmente obtendrán resultados inferiores a los de los hombres.

Esta caracterización de las capacidades y posibilidades femeninas se mantiene por medio de la segregación, el aislamiento y la dependencia femenina, todo lo cual limita la experiencia de la mujer dentro de la sociedad, así como el acceso al conocimiento sobre ella. Limitadas en su capacidad de obtener o formular otras imágenes de sí, las mujeres

marroquíes no pueden desafiar la ideología general de su inferioridad. En lugar de ello, la aceptan y trabajan dentro de sus límites.

### **Tlingit**

En sorprendente contraste con los mundos separados de las mujeres y los hombres marroquíes está la situación de los indios *tlingit* que viven en el pueblecito de Hoohan en el sudoeste del estado de Alaska. Aunque los 800 residentes del lugar viven dentro del dominio político de Estados Unidos, de todos modos, están algo aislados, física y culturalmente, de centros de influencia estadounidenses y han preferido mantener su distancia. El pueblo es conocido en la zona como un pueblo aborigen y estos indios desempeñan importantes posiciones políticas en la localidad.

La situación de las mujeres difiere drásticamente de la de las marroquíes. Aquí la división entre las esferas doméstica y pública, definida tan agudamente en Marruecos, no es pronunciada. Tampoco se identifican las esferas como masculina y femenina. Hombres y mujeres realizan actividades económicas y políticas en la esfera pública y se encuentran en todos los niveles de la jerarquía social. No encontramos diferencias marcadas entre las esferas masculina y femenina de conocimiento y poder.

La economía *tlingit* tradicional era enormemente estacional, basada en la pesca. El trabajo se dividía entre los hombres que pescaban en verano y las mujeres que procesaban los alimentos perecederos para consumo y comercio durante todo el año. El comercio era una actividad en extremo importante y las mujeres eran comerciantes y desempeñaban un papel clave en las negociaciones e intercambios con otros grupos de indios y europeos (Krause 1956). Hoy, mujeres y hombres siguen participando activamente en actividades económicas fuera del lugar y la división sexual del trabajo sigue operando en la esfera comercial de la pesca y el procesamiento de alimentos. En las

nuevas ocupaciones de la economía moderna, las mujeres poseen una tasa superior de empleo a la de los hombres durante todo el año y los empleadores blancos las prefieren por considerarlas más fiables; a diferencia de los hombres, las mujeres no abandonan el trabajo en verano para ir a pescar. También predominan en posiciones de prestigio en la enseñanza, el servicio público y el comercio. Su importancia en esas ocupaciones refuerza la idea tradicional de que las mujeres son emprendedoras y más hábiles que los hombres en el manejo, el empleo y el ahorro de la riqueza.

No sólo ocupan hombres y mujeres tlingit posiciones de alta condición en la esfera pública, sino que esposos y esposas operan en esta esfera en forma independiente. Esto puede representar otra continuidad con el pasado, porque tradicionalmente la posición se basaba en el clan matrilineal y no cambiaba con la condición del cónyuge individual. Así, aunque marido y mujer solían ser del mismo rango, las diferencias importantes entre ellos, existentes antes del matrimonio, continuaban después. La posición más elevada que podía alcanzar una persona solía fijarse esencialmente por su posición en el clan, pero no se llegaba a ella de modo automático: la persona debía demostrar que merecía una posición dada y la entrega de *potlash*<sup>8</sup> que entrañaba el gasto de una gran cantidad de riqueza, era una forma importante de demostrar su mérito. La literatura sobre *potlash* en el siglo XIX no especifica con claridad si los hombres y mujeres participaban en forma diferente al ofrecerlos o recibirlos. Sin embargo, indica que ambos sexos participaban activamente en diversos niveles (de Laguna, 1972).

En otros tiempos, cuando la capacidad de pronunciar discursos complejos, basados en la mitología del clan, era signo de alta jerarquía, las abuelas narraban y volvían a narrar a niños y niñas las historias del clan y se les comprobaba repetidamente si les era posible repetir las. Los hombres y mujeres de alto nivel recibían y esperaban la oportunidad de narrar estas historias en público durante las

celebraciones del clan. El contenido de la mitología tradicional apoya ulteriormente la participación prominente de las mujeres *tingit* en las esferas públicas de la vida del pueblo. Las presenta como miembros de alto rango de la sociedad y las asocia con la sabiduría y el conocimiento. En los mitos tradicionales ellas hablan bien y en forma persuasiva; resuelven situaciones problemáticas para sí mismas y para los demás y se presentan como fuentes de conocimiento sobre aspectos importantes de la cultura, como el *potlash* y la vida después de la muerte.

La imagen moderna es similar en cuanto a que personas de alto rango de ambos sexos reciben respeto y consideración y hombres y mujeres alcanzan influencia política y poder sobre la base de sus propias conexiones personales, algunas de las cuales se derivan de vínculos de parentesco matrilineal. Estas importantes redes, trazadas a través de las mujeres, entretienen a parientes masculinos y femeninos. En la ubicación moderna, la actividad política absorbe a ambos sexos y ambos son igualmente capaces de reunir seguidores personales.

La distribución igual de la influencia y las posiciones de prestigio y autoridad entre mujeres y hombres resulta de la participación activa de ambos sexos en las asociaciones oficiales en que se adoptan las decisiones importantes que guardan relación con la vida del pueblo. Las mujeres tienen tantas posiciones oficiales como los hombres en todos los niveles de estas organizaciones y operan con los mismos principios y métodos. Y como las posiciones de nivel superior brindan acceso a fuentes de información valoradas por la comunidad, es evidente que las mujeres poseen esta forma de conocimiento en el mismo grado que los hombres y tienen ideas similares sobre la naturaleza de la sociedad.

La naturaleza igualitaria de la participación femenina en las actividades públicas se refleja en la ideología cultural que asigna pocas diferencias

de carácter o capacidad a hombres y mujeres y no identifica a los sexos con esferas particulares de actividad o formas de conocimiento. Aunque, al igual que en la mayoría de las sociedades, el trabajo doméstico y el cuidado de los niños son responsabilidad principal de las mujeres, los hombres participan también en ellas. Dada la naturaleza temporal de los ciclos de pesca, los hombres pasan mucho tiempo en casa en invierno y en ese período ayudan a cuidar a los hijos. También existen guarderías gratuitas que funcionan todo el año. La responsabilidad de los niños, pues, se comparte socialmente y no constituyen una carga que limita las oportunidades de empleo femenino. De ahí que no sea sorprendente observar que el 48 por ciento de las mujeres, en oposición al 34 por ciento de los hombres, asisten a la universidad. Como las actividades no se definen en función del sexo, los estudiantes, hombre y mujeres, incluso en el nivel secundario, reciben clases de economía doméstica y comercial, así como en temas académicos.

Los indios *tingit* están familiarizados con la cultura de la sociedad estadounidense blanca que los rodea, y no se sienten intimidados por su poder ni impresionados por sus superiores conocimientos técnicos. Orgullosos de su propia identidad, les preocupa mantener el control sobre su comunidad. Aunque su participación creciente en la economía y sistema político estadounidense aumentan la dependencia y subordinación, siguen viendo a la sociedad más amplia como un recurso que utilizan para sus propios fines. La mujer o el hombre que puede recibir donaciones o proyectos oficiales para el pueblo cobra una importancia que no es sólo política; recibe el respeto de la comunidad. «Es uno de los nuestros» es una forma corriente de jactancia.

El orgullo de los *tingit* también se expresa en su preferencia por mantenerse en la comunidad, donde les es posible conservar su integridad cultural, aunque las presiones económicas en ocasiones los obligan a marcharse. Así, los hombres y mujeres poseen una visión



desde fuera del conocimiento y las capacidades en Estados Unidos que les permite apropiarse de las partes que resultan útiles para funcionar en la comunidad, sin verse influidos con fuerza por la ideología cultural de la sociedad dominante.

Este aislamiento de los supuestos culturales en la sociedad dominante es, sin embargo, algo relativo. Ellos son conscientes de las formas en que su igualdad sexual relativa contrasta con el supuesto de las diferencias relacionadas con el sexo en la sociedad estadounidense en general. De hecho, reaccionan en forma defensiva ante quienes califican a su sistema de matriarcado. Las mujeres que dejan el pueblo para ir a la universidad o para trabajar en otras partes en los Estados Unidos experimentan directamente los sesgos sexuales de la sociedad más amplia y dan ésta como una de las razones que las llevan a regresar a su pueblo. Allí saben que pueden alcanzar el éxito en el mundo del trabajo y la política. En la cultura tlingit, pues el conocimiento y el poder están asociados a la categoría, no al sexo, y la categoría es compartida por hombres y mujeres.

### **Barbados**

En la isla antillana de Barbados, hombres y mujeres del proletariado rural negro, son activos en el mundo del trabajo y en la vida de sus comunidades. Sin embargo, la relación entre estas dos esferas, y su posición dentro de la estructura social de la isla basada en la plantación, difieren de la de Marruecos y la del pueblo *tingit* de Hoonah. Para los 2500 aldeanos que residen en la comunidad rural de Endeavor, el mundo del trabajo y el poder político están ubicados fuera de la comunidad. La comunidad carece de autonomía y los pobladores tienen poco control sobre los recursos básicos de los que depende su subsistencia. La economía de la isla sigue en manos de una élite blanca residente e instituciones jurídico políticas que ahora dirige la clase media negra. En esta esfera pública, los pobladores de la aldea tienen

una posición subordinada. El poder está en manos de la élite masculina, blanca y negra, y se impone a los pobladores de las aldeas de ambos sexos.

La vida familiar y comunal, aunque infligida por las actividades y decisiones que se desarrollan en la esfera pública, son diferentes organizativa y culturalmente de ella. Dentro de la familia y la comunidad, los barbadenses negros operan con supuestos culturales que difieren y en ocasiones se oponen a los que guían el comportamiento en la esfera pública. La ideología dominante que prevalece en esta esfera se identifica con la de la élite política y económica. Más pertinente en las esferas de la vida familiar y comunal es la cultura negra que han incorporado y re TRABAJADO elementos de esta ideología dominante.

Los papeles de los hombres y mujeres en estas esferas se desarrollan en el contexto de la historia de la isla como colonia de plantación esclava inglesa. Desde el inicio, los africanos esclavizados estuvieron expuestos al sistema dominante en forma bruta y directa. Sus condiciones relativas estaban determinadas por sus posiciones dentro de la comunidad de plantación organizada jerárquicamente, controlada desde arriba por miembros de una raza y una cultura diferentes.

Dentro del sistema cerrado de la plantación, pocas esferas estuvieron exentas del control atento del gerente de plantación y sus capataces. Angela Davis, al escribir sobre la sociedad en Estados Unidos, señala que la única esfera de vida de plantación con cierto grado de autonomía era el barracón en que vivían los esclavos. Las actividades que se desarrollaban en esta «esfera doméstica» eran principalmente responsabilidad de las esclavas, lo que refleja tanto las tradiciones africanas como los supuestos culturales de los esclavistas blancos. Pero las mujeres que llevaban a cabo estas tareas no estaban protegidas ni separadas del trabajo y la actividad pública. También trabajaban en el

campo junto a los hombres y se veían diariamente expuestas a las mismas duras realidades. Y, al igual que los hombres, adquirieron un conocimiento de cómo funcionaba el sistema y una conciencia de su opresión y condición de víctimas. Esto lo llevaban de vuelta a casa, el único refugio y de autonomía relativa de la población esclava. Aquí las mujeres fueron las primeras en su grupo de iguales en la búsqueda de medios y técnicas de supervivencia, subversión, escape y rebelión abierta (Davis, 1971).

Así, a todo lo largo de la esclavitud, hombres y mujeres se vieron sometidos a un sistema que les brindaba poco control sobre sus propias vidas pero que generaban una cultura popular invisible para el grupo dominante (Bryce-LaPorte, 1971). Esta cultura popular sirvió como medio de supervivencia y posible base para oponerse al sistema. A diferencia de la mitad femenina de la sociedad marroquí, cuya segregación y subordinación han restringido su conocimiento del sistema más amplio, los barbadenses negros se han visto expuestos al sistema dominante en forma tan directa que los ha obligado a adquirir mucho conocimiento sobre él. Por ende, existe un debate activo y sostenido entre ellos sobre el funcionamiento del sistema y cómo puede lograrse que funcione.

Hoy, como en el pasado, las mujeres de Barbados desempeñan papeles activos en la esfera pública y en la vida económica y social de la comunidad. El papel central de las mujeres afrocaribeñas en la esfera doméstica ha sido tema de voluminosas publicaciones sobre la «matrifocalidad», que han recalcado la importancia especial de la relación madre-hijo y la autoridad doméstica de las mujeres. Tener un hijo marca el logro femenino de la edad adulta social. Y el papel de madre no necesariamente entraña mayor dependencia del hombre. En lugar de ello, trae la responsabilidad y la oportunidad de que la mujer demuestre sus capacidades para cuidar con eficiencia sus intereses propios y los de su prole. Tampoco el cuidado de los hijos y las

responsabilidades domésticas confinan y aíslan a las mujeres en el hogar. Como estas tareas se comparten entre la parientas femeninas, con ayuda adicional de los hombres y adolescentes del hogar, las mujeres con hijos frecuentemente siguen participando activamente en la esfera pública.

En el mundo del trabajo, hombres y mujeres participan en condiciones de igualdad. Aunque desempeñan tareas diferentes, existe una superposición notable, el prestigio de una ocupación dada se deriva de la habilidad que se requiere y la remuneración que se recibe, no de su asociación con uno u otro sexo. En los cañaverales, hombres y mujeres suelen trabajar juntos, casi siempre ellos cortando y ellas cargando caña. Aunque muchos de los trabajos de construcción se consideran masculinos y vender en el mercado es una ocupación femenina, ambos sexos trabajan como conductores de autobuses y trabajadores de carreteras y ambos están igualmente representados en posiciones de prestigio tradicional como la docencia, los cargos públicos y el trabajo en el comercio. Los cargos públicos y los establecimientos comerciales, cada vez más abiertos a los negros, emplean a mujeres y hombres en las mismas posiciones. Pero el ascenso dentro de los establecimientos depende menos de normas definidas por la comunidad que de las políticas de la burocracia nacional y los establecimientos comerciales. Es en estas instituciones donde prevalecen los sesgos masculinos.

Al igual que en el pasado, la aldea continúa siendo una esfera que ofrece a los barbadenses negros alguna medida de escape y autonomía de las presiones del orden social dominante. La aldea en sí, sin embargo, no es autónoma y no constituye una unidad sociopolítica o administrativa dentro del sistema más amplio. Por ende, no existen posiciones sociales de autoridad en el nivel de aldea. El prestigio de la jerarquía social de la aldea se deriva de la ocupación y de la adhesión a definiciones de comportamiento aceptable por parte de la comunidad. Entre ellas se incluye no afirmar la autoridad sobre otros –salvo en el

contexto padre e hijo- y ejercer influencia sólo por medios indirectos. Aunque los pobladores muestran una preocupación marcada por la diferencia de condición, los códigos que guían su comportamiento social recalcan la igualdad. En las transacciones interpersonales, se muestra respeto a los demás por sus cualidades humanas individuales y por sus logros. El concepto de dominio en las relaciones sociales no se identifica con el sexo, sino con quienes ostentan posiciones de poder y autoridad fuera de la aldea.

Surgidos de antecedentes de plantación esclava, los pobladores de ambos sexos valoran de modo especial la autonomía individual y la capacidad de actuar en interés propio. Se aconseja a hombres y mujeres no permitir que sus relaciones con el sexo opuesto «los convierta en tontos». Las mujeres, a las que ambos sexos ven como capaces y autónomas, controlan su propio dinero, son propietarias de tierras y casas y actúan en forma independiente como jefes jurídicos de grandes familias. Se insta a los niños de ambos sexos a procurar educación oficial que les permita alcanzar posiciones de alta jerarquía. Los logros dentro de esta esfera se consideran basados en el poder de la mente... y éste no se atribuye a uno u otro sexo.

La ideología cultural dominante en Barbados refleja conceptos europeos tradicionales sobre las características femeninas y masculinas y los pobladores de ambos sexos son conscientes de ellos y en algunos momentos los expresan. Es, sin embargo, la cultura popular negra, con sus definiciones muy diferentes de masculinidad y feminidad, lo que guía el comportamiento interpersonal dentro de la comunidad. A diferencia de la ideología dominante, este sistema popular de reglas y significados establece pocas distinciones entre capacidades y atributos masculinos y femeninos. El sexo y la sensualidad simbolizan la creatividad y el poder –en el sentido de la eficacia, no del dominio- pero hombres y mujeres están igualmente dotados de esas cualidades. No se considera que la sensualidad

interfiera con la eficacia de los roles públicos; en el caso de ambos sexos, se considera que aumenta la capacidad de pensar y actuar con decisión. Los poderes procreativos de las mujeres exigen respeto y el parto simboliza la fuerza y la capacidad especiales de la mujer para soportar dolor. Pero las cualidades diferentes de las habilidades reproductivas y sexuales femeninas y masculinas no se ven en ninguno de los dos sexos como una base para capacidades sociales distintas. Más bien, es en las relaciones interpersonales entre hombre y mujer que se elaboran estas diferencias. Así, mientras las mujeres pueden quejarse de que los hombres son falsos y poco confiables como maridos y amantes, estos atributos no se generalizan a su desempeño en otros roles. Del mismo modo, los hombres lamentan la hipocresía y la poca confianza que puede tenerse en las mujeres como pareja sexual, pero no como trabajadoras, madres y cabezas de familia. Y se considera que hombres y mujeres comparten las cualidades de inteligencia, ambición, cautela y confianza que constituyen la imagen nacional del «barbadense promedio».

Mujeres y hombres poseen suficiente autonomía en sus formas de socialización. Los hombres pasan gran parte de su tiempo libre con hombres en camarillas que se reúnen en las esquinas o en los bares. Aparte de beber ron, la ocupación principal de estos grupos es conversar. Se admiran la sofisticación y el conocimiento del mundo, y la capacidad de introducir información nueva y esotérica en una gama casi ilimitada de temas lleva a alcanzar una posición elevada en ellos. Se subrayan formas nuevas y memorables de presentar ideas, puesto que, aunque el nivel de alfabetización es elevado, los barbadenses negros descansan mucho en las tradiciones orales para la transmisión de conocimiento e información.

Las mujeres, por otra parte, tienen una pauta de socialización que las vincula a las relaciones diádicas con amigas, parientes y vecinos. Frecuentes visitas e intercambios de favores, servicios y «noticias»

recíprocos mantienen una gama bastante amplia de redes dentro de la comunidad y a través de límites comunitarios. Por ende, incluso cuando las mujeres no trabajen, su contacto con otras que trabajan sigue exponiéndolas a una amplia variedad de información y opciones.

Las conversaciones entre mujeres y al interior de los grupos de hombres versa sobre una diversidad de temas, entre los cuales los chismes personales y políticos de actualidad tienen un interés especial. Ambos grupos consideran la actividad sexual agradable, deseable y necesaria para la salud y el bienestar general y examinan, individual y conjuntamente, la forma de mejorar el desempeño y el placer sexuales. Las bromas sexuales estilizadas entre hombres y mujeres se producen en público y en privado y todos las disfrutan.

La política, el críquet y las implicaciones de los sucesos nacionales e internacionales son también temas prominentes en las conversaciones de la aldea. Los sucesos que se producen en Inglaterra y Estados Unidos se siguen con especial cuidado dado que, como resultado de la emigración en los años cincuenta y sesenta, los pobladores del lugar tienen muchos parientes y amigos en ambos países. Su preocupación por los sucesos de los años sesenta contribuyó a un cambio en las ideas sobre sí mismos como negros y sobre el sistema político (Sutton Makiesky, 1975). Una experiencia compartida y conocimientos sobre la sociedad en general, junto con un énfasis cultural o en la autonomía y la independencia de acción, han llevado a hombres y mujeres a sentirse con igual calificación para juzgar por sí mismos los temas que les interesan.

Hombres y mujeres ven con escepticismo el conocimiento recibido y las bases de la estructura impuesta por el grupo dominante. Desde el punto de vista de su posición subordinada, este conocimiento oficial parece ajeno, cuando no enemigo de su bienestar. A pesar de este escepticismo, la educación oficial se valora altamente y se ve como un

pasaporte para alcanzar una posición superior. Sin embargo, no se les considera una fuente de comprensiones significativas o satisfactorias del universo social. Más pertinente para atender a las realidades sociales es el conocimiento de la subcultura, la sabiduría popular basada en la experiencia, el mantenimiento del respeto a uno mismo y la forma de operar con facilidad en el sistema. Este conocimiento pertenece igualmente a hombres y mujeres y hoy ha comenzado a servir de base para poder enfrentar y desafiar de modo más activo el sistema dominante.

## Conclusión

El aumento reciente de escritos antropológicos sobre las mujeres ha revelado que desempeñan roles más activos e influyentes en sociedades de lo que se pensó en un tiempo. Pero todavía se trata como temas polémicos el hecho de si las esferas distintas de actividad son coherentemente masculinas o femeninas y si la subordinación política y cultural femenina es universal.

Cabe señalar que colocar estas preguntas en términos mundiales refleja un fuerte sesgo en la cultura occidental hacia ver las diferencias sexuales como parte del «orden natural». Incluso cuando se trata a las mujeres como una categoría social, se les estudia en función de roles, funciones y atributos que se suponen inevitables y universales.<sup>9</sup> Un concepto del siglo veinte sobre los «roles y funciones universales» reemplaza así el concepto decimonónico de la «anatomía» como explicación del destino femenino. Estos constructos brindan apoyo a la idea de que los roles de las mujeres son limitados y relativamente constantes, mientras que los hombres han sido responsables de la evolución y el cambio en la sociedad.

Hemos realizado un esfuerzo por superar esta concepción estática centrándonos no en los roles maritales y maternos de la mujer sino en las diversas formas en que hombres y mujeres se relacionan con el



conocimiento y el poder en su sociedad. En este trabajo, hemos usado el término «conocimiento» en dos sentidos: uno se refiere a información adquirida sobre el funcionamiento de una sociedad y el segundo a la conciencia del grupo sobre su posición en la sociedad y sus versiones de la realidad.<sup>10</sup>

Partimos del supuesto de que la organización socioeconómica determina la ubicación de los sexos en esferas de actividad y que esto, a su vez, afecta las posiciones de las mujeres y los hombres en los órdenes político y simbólico. Las tres comunidades que aquí se examinan son parte de sociedades mayores y más complejas que participan en una economía mundial. Como tal, una visión de la relación entre las esferas doméstica y pública de la actividad, que se desarrolla sólo cuando las unidades domésticas no controlan ya sus propias actividades productivas y distributivas, es una característica presente en las tres. Sin embargo, el grado de separación de estas esferas, y la medida en que se relacionan con el sexo, es más variada de lo que suponen las publicaciones sobre los roles sexuales (Rosaldo, 1974).

Marruecos brinda el paralelo más cercano a la situación occidental, pero en forma mucho más extrema. No sólo las esferas pública y doméstica de actividad se encuentran agudamente diferenciadas, sino que cada una de ellas se asocia tan fuertemente a un sexo que la segregación sexual en sí viene a definir los límites de cada esfera. Ente los tlingit, en cambio, la separación de la esfera pública y la doméstica es relativamente reciente, como resultado de que este grupo antiguamente organizado en clan autónomo ha quedado rodeado por la cultura estadounidense. Pero incluso cuando el crecimiento de la economía salarial moderna agudiza los límites de las esferas, hombres y mujeres continúan operando en ambas, impidiendo la identificación de éstas con uno u otro sexo. En Barbados, la separación de las actividades domésticas y públicas es tan antigua como la propia

sociedad y está profundamente afianzada. Pero, al igual que entre los tlingit, la división sexual del trabajo atraviesa esas fronteras; el trabajo femenino –aunque suele ser diferente al masculino- se desarrolla en ambas esferas. Es sólo en el nivel nacional controlado por la élite, donde las esferas pública y doméstica responden a tipologías sexuales y la esfera pública es predominantemente masculina.

La medida en que las mujeres tienen acceso a la esfera pública afecta en forma crucial el grado en que determinan sus propias posiciones en las jerarquías de sus sociedades. La exclusión de las mujeres marroquíes de la esfera pública descarta su independencia de acción y condición. No solo dependen de los hombres en sus tratos con la sociedad en general, sino que su posición en la sociedad depende de sus padres y esposos. La situación de las mujeres tlingit, por otra parte, refleja sus propios logros y sus posiciones de parentesco dentro del sistema del clan matrilineal y no están determinadas por sus relaciones con los hombres. Del mismo modo, en Barbados, las mujeres y los hombres negros alcanzan una posición dentro de sus comunidades sobre la base de sus propias actividades en las esferas públicas del trabajo y la vida comunal.

En cada caso, la posición social de las mujeres y los hombres refleja y refuerza conceptos culturales sobre caracteres y capacidades vinculados al sexo. En Marruecos, la segregación y el aislamiento se consideran consecuencias necesarias de la naturaleza supuestamente sensual e incontrolada de las mujeres, mientras que la ignorancia y la dependencia que produce la segregación se emplean para justificar ulteriormente la subordinación femenina. En cambio, los tlingit reconocen pocas diferencias en el carácter femenino y masculino. Su mitología no elabora la sexualidad femenina o la maternidad como definitorios de la identidad o de los roles sociales y sus conceptos tradicionales de las mujeres como competentes y emprendedoras prestan apoyo a la prominencia femenina en los asuntos políticos y

económicos actuales. Los barbadenses negros valoran altamente el papel de madre y evalúan en forma positiva la sexualidad masculina y femenina. No se piensa que las diferencias sexuales afecten la forma en que los hombres y mujeres operan en el mundo fuera del hogar y ambos sexos se consideran inteligentes y capaces.

Entre los barbadenses negros y los tlingit, las mujeres parecen tener ideas sobre la sociedad y sobre sí mismas similares a las de los hombres. Las similitudes en experiencias, actividades y condiciones en la esfera pública brindan una base para versiones masculina y femenina compartidas de la realidad, y una conciencia femenina diferente parece limitada en alcance y sin repercusión discernible en el comportamiento de las mujeres en la sociedad en general. Junto con los hombres de su sociedad, estas mujeres definen sus intereses en contraste con grupos más poderosos y dominantes. Pero en el Marruecos segregado por el sexo, encontramos que las mujeres definen sus intereses en forma diferente –aunque no necesariamente opuesta- a la de los hombres. Aunque pueden actuar para subvertir el control masculino sobre sus vidas en diferentes formas, las mujeres marroquíes no enfrentan o desafían en forma abierta el dominio masculino.

Por tanto, entre las mujeres marroquíes encontramos una subcultura femenina definida, un conjunto de ideas y experiencias marcadamente distintas a las de los hombres. Sin embargo, la separación que fomenta una experiencia definitivamente femenina produce una visión femenina que es parcial, complementaria y secundaria a la del hombre. La exclusión de las mujeres del mundo en general les impide adquirir su propia visión de la totalidad del universo marroquí. Por ende, carecen de la amplitud de experiencia necesaria para oponerse a su propia subordinación.

Esto indica, pues, que el desarrollo de una conciencia alternativa depende de formas particulares de establecer relaciones entre los grupos subordinados y dominantes. Los barbadenses negros de ambos sexos, al igual que las mujeres marroquíes, son subordinados y carentes de poder; pero, a diferencia de las mujeres marroquíes, tienen un conocimiento íntimo del sistema que los oprime y poseen una conciencia de grupo que se opone en parte a la cultura dominante en lo tocante a su inferioridad. Aunque han usado este conocimiento de la sociedad dominante para mejorar su condición dentro del sistema y para protegerse de la dureza de ésta, su propia visión subcultural ha comenzado desde hace poco a brindar una base para enfrentar y desafiar las instituciones y la ideología dominantes. Los tlingit también constituyen un grupo subordinado, pero su conciencia difiere de las mujeres marroquíes y barbadenses. Controlan lo suficiente el conocimiento y los recursos de su comunidad para mantener una visión relativamente autónoma de su cultura y de sí mismos. Aunque esto los aísla de la repercusión de la ideología dominante, no lo usan para desafiarla.

Hemos desarrollado este examen sobre las mujeres, el conocimiento y el poder en un nivel de generalidad que pasa por alto muchos aspectos y cuestiones que forman parte del tema. Sólo cabe esperar que la investigación futura brinde datos más concluyentes sobre, por ejemplo, el contenido de las versiones femenina y masculina sobre la realidad, los significados simbólicos culturalmente específicos de la sexualidad y la gama de patrones de interacción definidos contextualmente entre mujeres y hombres en una sociedad dada. Lo que muestran nuestras comparaciones en un nivel general es que los roles maritales y maternos de las mujeres no definen necesariamente su posición en la sociedad ni las limitan en la esfera doméstica. Ente los tlingit y los barbadenses, mujeres y hombres alcanzan posición por sus actividades en la esfera pública. Los tlingit, de hecho brindan un ejemplo

sorprendente de igualdad sexual en la esfera pública. Entre ellos, las mujeres están representadas igualmente en posiciones de autoridad y adopción de decisiones y toman un papel activo en la creación y conformación de los mundos público y privado que habitan. Y aunque las mujeres tlingit no sobrepasan a los hombres en poder y autoridad reconocidos, su igualdad en estas esferas desafía la afirmación de que «En todas las partes encontramos que las mujeres están excluidas de actividades políticas y económicas cruciales, que sus roles de esposas y madres se asocian a menos poder y prerrogativas que los roles de los hombres» (Rosaldo, 1974:3). Nuestro material indica, por el contrario, que las mujeres no están subordinadas universalmente en las esferas cultural y política.

## Notas

---

<sup>1</sup> Tomado de: *Women Cross-Culturally: Change and Challenge*, editado por Ruby Rohrlich-Leavitt, La Haya, Mouton, 1975. Versión ampliada de una ponencia presentada originalmente en la conferencia «Woman learn from women», celebrada en Bernard College, 10 de febrero de 1973.

<sup>2</sup> Constance Sutton realizó investigaciones en Barbados en el verano de 1956, 1957 y 1958 con el apoyo de donaciones del Instituto de Investigación para el Estudio del Hombre y del Consejo de Población. Regresó en los veranos de 1968 y 1969 con donaciones del Fondo de Investigaciones de Artes y Ciencias de la Universidad de Nueva York, el Instituto de Investigación para el estudio del Hombre y la Fundación de Investigación Antropológica Wenner-Gren. Daisy Dwyer trabajó en Taroudannt, Marruecos, en 1969-1971. La investigación tuvo el apoyo de una donación NIMH. Laura Klein estudió los tlingit en Hoonah, Alaska, en 1971-1972 con apoyo de la Fundación Ford. Susan Makiesky desarrolló investigaciones en Barbados en 1970-1972, con el apoyo de

una donación del Programa de Becas en el exterior de la Fundación Ford.

<sup>3</sup> Nota elaborada por la Dra. Ana Vera Estrada, investigadora y coordinadora general de la Cátedra Carolina Poncet del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.

<sup>4</sup> La mayor parte de la información para esta nota ha sido tomada del OBITUARIO escrito para la revista norteamericana AMERICAN ANTHROPOLOGIST (vol. 122, no. 2, 2018, pp. 42-431) por el antropólogo puertorriqueño Antonio Lauria y publicada bajo : ISSN 0002-7294, online ISSN 1548-1433. Copy Right

2020 The Authors. American Anthropologist published by Wiley Periodicals, Inc. on behalf of American Anthropological Association. All rights reserved. DOI: 10.1111/aman.13409. This is an open access article under the terms of the Creative Commons Attribution-NonCommercial License, which permits use, distribution and reproduction in any medium, provided the original work is properly cited and is not used for commercial purposes.

<sup>5</sup> Estas preguntas se han formulado en formas diferentes pero conexas en textos antropológicos y culturales actuales. Véanse, por ejemplo, Ardener (1972), de Beauvoir (1953), Orther (1974), Rosaldo (1974), Rowbotham (1973), Firestone (1972).

<sup>6</sup> Este es el vínculo entre dominio político y dominio cultural que en Estados Unidos ha sido preocupación de dos movimientos recientes a favor de la igualdad –el movimiento del Poder Negro y el movimiento feminista. Ambos grupos han pretendido erigirse en maestros de la interpretación y constructores de su propia cultura como objetivo político clave. Se dice que Stockeley Carmichael, quien abogaba por el Poder Negro, lo ha definido como «el poder de definir», mientras que

la literatura feminista insta a las mujeres a hacerse autónomas y autodefinirse.

<sup>7</sup> Tal vez este conflicto de roles contribuya tanto a la ambivalencia que se dice experimentan las mujeres al ir a la universidad y seguir carreras académicas como si fuera una competencia con los hombres. Pero este rol psíquico existe no sólo para las mujeres: su contrapartida se da en hombres que, según Robert J. Lifton (1964), se sienten amenazados, tal vez castrados y «calados» según las mujeres procuran ampliar la base de conocimientos.

<sup>8</sup> Actividad ceremonial competitiva entre algunos indios de América del Norte en que se distribuyen regalos costosos y se destruyen propiedades para recalcar la riqueza y la condición del jefe o clan.

<sup>9</sup> Ejemplos prominentes de esta tendencia en relación con los roles en función de constantes son a) las oposiciones actuales entre la función de criar a los hijos de la mujer frente a la función de dirección de los hombres, b) la separación de la sociedad en una esfera jurídico política masculina y una esfera doméstica femenina, c) la identificación ideológica de las mujeres con la naturaleza y los hombres con la cultura, de las mujeres con el desorden y el peligro y los hombres con el orden y la autoridad. Véanse, por ejemplo, Ardener (1972), Barnes (1973), Beidelman (1964), Harris (1973), Other (1974), Rosaldo (1974 y Tiger (1969).

<sup>10</sup> No se ha pretendido distinguir formas y categorías del conocimiento, como el conocimiento pragmático de la vida cotidiana, el conocimiento técnico o el conocimiento de sistemas más amplios de reglas y significados que constituyen la ideología cultural. Tampoco hemos examinado cómo el contexto social de las influencias del aprendizaje forma el conocimiento, salvo para señalar si la información se adquiere directamente o por intermedio de otros. Esperamos que estas áreas sean examinadas en investigaciones futuras.